

ANALES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

Arnulfo HERRERA
*Instituto de Investigaciones Estéticas,
Universidad Nacional Autónoma de México*

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA REVISTA *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* obliga a señalar, por principio, tres factores que la sitúan en el ámbito cultural mexicano y le confieren los rasgos y los problemas que le son característicos.

Primero, nació —como otros anuarios en la UNAM— por la necesidad que tenían los investigadores de publicar artículos o trabajos que, por su naturaleza y extensión, no podían esperar a convertirse en libros. Y también, por supuesto, para publicar artículos de investigadores que no pertenecían a la comunidad del Instituto de Investigaciones Estéticas —nacionales o extranjeros—, pero que serían de interés para los lectores. Así fue como los resultados preliminares de un trabajo de investigación, las noticias de la más diversa índole, las reseñas de libros, la crónica anual de las exposiciones de arte y las actividades relevantes de los investigadores, conformaron durante todos esos años el material que la revista se encargó de comunicar a un público relativamente selecto, tanto en México como en los principales países con los que se han mantenido relaciones académicas. No es, por tanto, una revista de “divulgación” en el sentido más corriente del término (ni aspira a serlo), sino una publicación especializada que tiene, por su naturaleza, un tiraje limitado.

Segundo, con apenas unos cuantos cambios en la estructura inicial de su contenido y una actitud conservadora en la presentación formal, *Anales...* prácticamente ha mantenido la misma imagen, como si la forma que tuvo desde el principio conservara aún el vigor que solía tener durante los primeros números. Ahora bien, esta afirmación debe matizarse: si se revisa cuidadosamente, los cambios, aunque muy lentos, apenas perceptibles y graduales, son más o menos numerosos (se vinculan con los cambios de director en el Instituto); se puede decir que todos fueron una cuestión de sobrevivencia, pues respondieron siempre a las circunstancias, es decir, a los cambios mayores que se operaron en la política cultural del país y de la Universidad.¹

Tercero, no obstante su larga existencia —son ya 64 años; mucha vida para una revista mexicana, así sea un anuario—, la revista *Anales...* no ha logrado todavía consolidarse como un proyecto colectivo de todos los investigadores. A pesar de que jurídica y prácticamente funciona bajo la supervisión de un consejo autónomo (electo por la comunidad), se le sigue mirando como un proyecto oficial cuyo desarrollo compete únicamente a la dirección del Instituto, de ahí que su historia parezca sujetarse a los avatares administrativos de la dependencia. Esta manera de concebir las obligaciones para con la revista, crea una suerte de “media independencia” o indefinición de responsabilidades que ha generado una profunda crisis. Lo importante de este señalamiento radica en que el futuro de la revista —si tiene alguno— dependerá con mucho de que logre convertirse en un proyecto respaldado por todos los investigadores, dirigido como hasta hoy con criterios académicos por un consejo autónomo, completamente independiente de las autoridades del Instituto y de la UNAM.

En 1937 apareció el primer número de *Anales...* Estaba recién conformado el Instituto (había transcurrido poco

¹ En lo sucesivo vamos a emplear los términos “Universidad” e “Instituto” (con mayúscula por razones ortográficas), como sinónimos de Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y de Instituto de Investigaciones Estéticas.

más de año y medio desde su fundación) y era dirigido, entonces, por el poeta Rafael López (1875-1943). Si miramos de cerca aquel momento, observaremos que la pacificación del país era todavía muy precaria, a pesar de que en el régimen de Cárdenas se afianzó la preeminencia de las instituciones sobre los caudillos. La proximidad de las gestas revolucionarias daba a la vida nacional un clima de efervescencia y refundación, como si todo lo precedente tuviera que comenzar de nuevo. Es posible que en algunos ámbitos se tratara sólo de cuestiones organizativas, puesto que el edificio porfiriano no se había derrumbado del todo ni era tan negativo, especialmente en ciertos aspectos de la vida cultural. Claro que, por cuestiones de retórica política, el discurso revolucionario fomentaba la idea de una ruptura completa y el surgimiento de un país nuevo que se encontraba en plena construcción, como se puede contemplar en los numerosos andamios y obras de edificación que aparecen en la pintura mexicana desde los años veinte hasta los sesenta, desde Montenegro hasta González Camarena. Vivíamos en una nación que mediante la lucha armada había conseguido la justicia social —sólo era cuestión de extenderla a todos los rincones del país— y se encaminaba hacia un futuro promisorio. El programa mesiánico y titanesco que había iniciado Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública durante los comienzos de la segunda década, moderó sus ímpetus con los secretarios subsiguientes, pero continuó ensanchando las obras para que la nación alcanzara el ideal de modernidad que se había fijado. La Universidad no fue la excepción y —a pesar de sus constantes conflictos internos— también se benefició del gasto social que derramaban los gobiernos revolucionarios.² Se encontraba disgregada entonces en muchos

² En 1930, durante los inicios del gobierno de Pascual Ortiz Rubio, se reglamentó la elaboración del presupuesto universitario por medio de la Comisión de Hacienda y se acordó la fundación de la Ciudad Universitaria. Para ello se adquirieron los terrenos necesarios en las Lomas de Chapultepec. Era la segunda vez que este proyecto entusiasmaba a las autoridades. Dos años antes, en 1928, se había proyectado una Ciudad Universitaria instalada en Huipulco (proyecto de los arquitectos

edificios antiguos que todavía caracterizan al Centro Histórico de la Ciudad de México (y así permaneció hasta el traslado a la Ciudad Universitaria en 1954), pero se le consideraba y se le gobernaba como a un solo organismo educativo.

No es difícil suponer que este clima de refundación nacional o de reorientación de las instituciones servía para justificar el alto grado de improvisación que campeaba en casi todas las áreas de la realidad mexicana. Vasconcelos se preocupó tanto por profesionalizar los puestos que se daban en el sector educativo, cuenta en sus memorias que, a punto de inaugurar la Biblioteca Cervantes, casi por casualidad se enteró de un gravísimo error que estuvo a punto de cometer. Francisco de Icaza, que se encontraba en su despacho, le advirtió que a la estatua de Cervantes le faltaba un brazo: “[...] era manco, pero no porque le faltase el brazo, sino porque lo tenía tullido [...]” A lo que el ministro contestó riendo:

—¡De la que nos hemos librado, don Francisco [...]; bien se iban a reír de nosotros los eruditos [...]; aquí el ignorante he sido yo, junto con el escultor y los ingenieros [...]; en seguida correré el aviso de que le pongan a ese Cervantes un brazo tieso [...] ¡Ja, ja, ja!; muchas gracias, don Francisco.³

Mauricio Campos y Marcial Gutiérrez Camarena) y se habían comprado terrenos en Lomas de Sotelo para construir las casas destinadas a la vivienda de los profesores universitarios. Pero nada de esto se llevó a cabo. No era fácil mantener una institución tan grande y conflictiva como la Universidad y menos si se oponía a los proyectos gubernamentales. Así, entre asignaciones, recortes y regateos presupuestarios, tampoco este proyecto se consumó y en 1935 fue necesario vender los terrenos adquiridos en las Lomas de Chapultepec para costear los gastos más urgentes. En ese mismo año el Consejo Universitario decretó la suspensión de actividades debido a las carencias económicas de la institución. Pasarían ocho años más para que el proyecto de la Ciudad Universitaria nuevamente cobrara vida. En 1943, en la presidencia de Manuel Ávila Camacho, se compraron los terrenos de San Ángel donde se construyó la actual Ciudad Universitaria.

³ José VASCONCELOS: *Memorias* II. *El Desastre*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 243.

Así, podemos comprender, década y media después, la estampa de un rector como Luis Chico Goerne, con su pistola depositada sobre la mesa de la cantina desde donde solía despachar los asuntos oficiales de la Universidad. O la figura de Rafael López quien no había terminado la carrera de derecho y, por decisión de Justo Sierra, desde 1910 enseñaba literatura española en la Normal de Maestros, desde 1921 dirigía el Archivo General de la Nación y desplazaba en 1937 a Manuel Toussaint en la dirección del recientemente creado Instituto de Investigaciones Estéticas que venía a sustituir al Laboratorio de Arte fundado por acuerdo del rector Ocaranza.⁴ Ambos casos, el de Chico Goerne y Rafael López, debieron ser normales en la administración pública y no parecen graves, pero es muy posible que, por la incompetencia más absoluta y la falta de voluntad para desempeñar decorosamente los cargos,

⁴ La sustitución de Toussaint por Rafael López no tiene justificación académica. Toussaint era quince años menor que el poeta y había sido también profesor de literatura española como Rafael López, pero en la Escuela Nacional Preparatoria. Del mismo modo que López, había dejado la carrera de derecho después de tres años de estudio. Aunque también había dejado las carreras de medicina y de comercio. Sin embargo, poseía una formación académica más sólida que lo llevó a realizar importantes trabajos literarios sobre sor Juana Inés de la Cruz, fray Manuel Martínez de Navarrete, Enrique González Martínez, Luis G. Urbina, etcétera. Su labor más importante estaba en el campo de la historia del arte. En el ámbito de la investigación destacaban para ese momento sus trabajos sobre la Catedral Metropolitana, sobre Saturnino Herrán, sobre la ciudad de Taxco y sobre la pintura mexicana colonial del siglo XVI; llevaba más de 20 años trabajando sobre temas artísticos y había pasado dos años en el Archivo de Indias en Sevilla; mientras que, en el terreno de la docencia, como profesor universitario, había fundado la cátedra de historia del arte colonial en la Facultad de Filosofía y Letras. Como funcionario público también tenía una carrera más brillante que la de López, desde secretario particular de Vasconcelos al frente de la Universidad y funcionario en la Secretaría de Educación hasta director de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Lo que pudo haber pesado en el ánimo de las autoridades es que López era un escritor de buena reputación, dirigía el Archivo General de la Nación desde 1920, había prologado varios trabajos de investigación histórica y, sobre todo, que era más dócil respecto a la libertad de cátedra.

se hayan dado sucesos verdaderamente dramáticos en todas las Secretarías del país.⁵

El primer número de *Anales...* apareció en 1937. Aunque no puede señalarse un modelo directo ni para la forma ni para el contenido, es muy posible que, de la misma manera que muchas otras revistas mexicanas, se haya basado en la famosa *Revista de Occidente*. No tenía colaboraciones de las autoridades del Instituto, es decir, ni el director Rafael López ni el secretario Manuel Moreno Sánchez publicaron algún artículo. Incluía un trabajo histórico de Manuel Toussaint (sobre la *Relación de Michoacán*), y artículos de Rafael García Granados y Vicente T. Mendoza, investigadores de Estéticas y pilares de la primera época de *Anales...* Este número también incluía un trabajo de Gabriel Méndez Planearte sobre Francisco Xavier Clavigero, tema que el humanista zamorano estaba trabajando desde varios ángulos: desde sus estudios sobre la literatura neolatina en la Nueva España, desde el rastreo de la presencia de Horacio en México (en la poesía escrita en castellano y en latín) y desde su compilación didáctica de los humanistas del siglo XVIII que publicaría la Universidad en 1941. No volvería a colaborar con la revista, sino hasta 1948 —un año antes de su repentina muerte— a propósito de un tea-

⁵ Esto no quiere decir que Chico Goerne haya llegado de la nada a la rectoría. Antes había sido director de la Facultad de Derecho. Tampoco quiere decir que su gestión haya sido completamente negativa. En esos años se creó la Orquesta Sinfónica de la Universidad y comenzaron las transmisiones de Radio Universidad, entre otros logros. Fue una figura de conciliación con el gobierno de Cárdenas que permitió enfrentar la crisis económica debida a la pugna por los principios educativos (la obligatoriedad de la educación socialista contra la libertad de cátedra). Luis Chico logró establecer un nuevo estatuto que contemplaba gran cantidad de cambios, entre los que destacaron las cuotas de inscripción y el pago de servicios. Sin embargo, este rector no pudo sobrevivir al proyecto de descentralización: el Consejo Nacional de Educación propuso la creación de seis centros regionales que se encargarían de desarrollar la educación superior en todo el país. Su oposición sumió a la Universidad en una nueva crisis. En 1938 Luis Chico Goerne renunció y, luego de un breve periodo de transición, ocupó el cargo Gustavo Baz.

tro religioso colonial hallado en Zumpango. Y ello es comprensible porque la mayor parte de sus artículos se iban a la revista *Abside* —que él y su hermano Alfonso habían fundado en 1937—, a las otras publicaciones donde colaboraba con cierta regularidad y a su artículo semanal del diario *Novedades*.⁶ Por rudimentario o elemental que haya parecido este número de *Anales*... y pese a su presentación, tan similar a la de otras revistas de la época, casi todas predominantemente literarias (los *Anales del Museo Nacional de Antropología e Historia*, *Revista Universidad de México*,⁷ las *Memorias* de las Academias de Historia y de la Lengua, *Ábside*, el *Anuario de la Sociedad Folklórica de México*,⁸ *Alcancia*,⁹ etcétera), llevaba ya un alto grado de especialización. Ninguno de los cuatro articulistas del número ni Toussaint ni García Granados ni Vicente T. Mendoza ni por supuesto Méndez Planearte, el más joven de todos ellos, pues contaba apenas con 32 años de edad, eran escritores improvisados en los temas que tocaban.

El segundo número también está marcado por la dirección de Rafael López y la rectoría de Luis Chico Goerne.

⁶ Además, unos años después, de 1942-1945, Gabriel Méndez Planearte con Francisco Díaz de León serían los encargados del *Boletín del Seminario de Cultura Mexicana*. Estaba patrocinado por la Secretaría de Educación Pública y fue en esa época cuando el *Boletín* alcanzó cierta regularidad.

⁷ La revista *Universidad de México* se fundó hasta 1946, sin embargo, su antecedente es una revista muy poco mencionada (y a menudo confundida) que se llama *Universidad Mensual de Cultura Popular*. Estuvo dirigida por Miguel N. Lira y fue patrocinada por el Departamento de Acción Social de la Universidad (precursor de la Coordinación de Difusión Cultural) cuya jefatura llevaba Salvador Azuela. Por otro lado, su formato tamaño oficio no se parece en nada al de *Anales*... (que es "medio oficio", 21.5 × 17 cm), ni por supuesto se puede equiparar en el contenido debido a la periodicidad (un anuario difiere completamente en su estructura de una revista mensual) y al tipo de público que está destinada, pero la comparación que se hace aquí entre todas las revistas mencionadas es por su origen y porque compartieron un mismo momento cultural.

⁸ Este *Anuario* era dirigido por Vicente T. Mendoza.

⁹ Esta revista fue fundada y dirigida por Edmundo O'Gorman y Justino Fernández en 1937.

Corresponde a 1938. De la misma manera que el número anterior, sólo tiene cuatro artículos, pero esta vez la nómina de los colaboradores es sintomática de una crisis en las relaciones de los investigadores con el director del Instituto. Samuel Ramos escribió un trabajo rutinario sobre estética que muy probablemente fue hecho sobre pedido y nunca más volvió a publicar nada en la revista; algo parecido sucedió con el historiador Arturo Arnáiz y Freg, quien al parecer por invitación escribió sobre la Academia de Bellas Artes de San Carlos y jamás volvió a entregar otro trabajo para *Anales...*¹⁰ Manuel Moreno Sánchez, el secretario del Instituto de Investigaciones Estéticas, publicó un artículo sobre la sociología del arte y una reseña de carácter institucional sobre un libro de Justino Fernández (*El Arte Moderno*). También fue don Manuel, en este sentido, como los demás colaboradores: “ave de paso”. El grabador michoacano Carlos Alvarado Lang escribió un artículo sobre el grabado a la manera negra; igual que en los otros casos, sería el único artículo con que contribuiría a la revista, aunque su relación con el Instituto y con *Anales...* —que se siente desde el primer número— duró muchos años más, puesto que las viñetas y los grabados que a menudo se imprimieron en las portadas y en los interiores fueron aportaciones que él hizo y que le dieron a la revista la personalidad que tiene hasta la fecha. Varios años y números después, las viñetas de Alvarado Lang serían sustituidas de manera sucesiva por los dibujos de Émile Bernard, Andy Seffert, Vlady, Georgina Quintana, Alberto Beltrán y, finalmente, otro michoacano, Manuel González Galván, discípulo de Francisco de la Maza. En los últimos números de *Anales...* las viñetas se han seleccionado del Archivo; ya no están hechas especialmente para la revista.

El tercer número correspondió a 1939 y presentaba cambios muy notables. Desde la rectoría de la Universidad que ahora estaba en manos del doctor Gustavo Baz (con el

¹⁰ El doctor Arnáiz y Freg sería impulsor permanente de los estudios sobre arte mexicano y, varias décadas más tarde, miembro del Consejo de Asesores de la revista *Artes de México*.

licenciado Mario de la Cueva como secretario general) hasta la dirección del Instituto que, ante los nuevos nombramientos, había recaído en Manuel Toussaint. Entonces, la revista apareció remozada, más voluminosa, con una ilustración a color impresa en cuché e insertada en medio del primer pliego y con una nueva dirección postal: del número 17 de la calle de Argentina, se había trasladado a San Ildefonso 28, en el Centro Histórico. Los cambios de *Anales*... denotan claramente la profesionalización del Instituto o, para decirlo con un anglicismo, el “endurecimiento” académico. Si no se menciona una “nueva época”, por lo menos se cambia de volumen (la designación de los tomos o volúmenes es algo que no parece tener un criterio unificado en la revista), se ordenan los índices, se elabora el directorio de los investigadores y se establecen las secciones permanentes. Todos los colaboradores forman parte del Instituto como ocurrirá en los siguientes números publicados hasta la década de los noventa; en realidad, los artículos escritos por autores externos serían más bien excepcionales.

Junto a los nombres que ya se conocían, Rafael García Granados, Vicente T. Mendoza y Justino Fernández (quien había colaborado con algunas notas en los números previos), aparecen los jóvenes Salvador Toscano¹¹ y José Rojas Garcidueñas, ambos de la misma edad (27 años). También aparece, como investigador honorario, el arquitecto veracruzano Luis MacGregor, adscrito entonces al Departamento de Monumentos Coloniales del Instituto Nacional de Antropología e Historia; y, el más importante de todos, Federico Gómez de Orozco, un bibliófilo de la misma generación que Toussaint y MacGregor, quien gozaba ya para esos años de un inmenso prestigio como investigador de las antigüedades mexicanas. La nómina es indicativa de los temas que perfilarían al Instituto durante sus primeros años y, por supuesto, al tipo de textos que se publicarían

¹¹ Entre 1933-1934, Salvador Toscano había participado con Rafael López, Octavio Paz Lozano y José Alvarado en una revista que se llamó *Cuadernos del Valle de México*.

en la revista: arte colonial, música mexicana y folklóre, arte moderno y contemporáneo, arte prehispánico y literatura novohispana. Todos escritos desde una perspectiva técnica que difería de los artículos de divulgación o de actualidad o de polémica que predominaban en las demás revistas. Incluso en las que dedicaron una buena parte de su contenido al arte como *Frente a frente*,¹² *Arts*,¹³ *Letras de México*,¹⁴ *México en el arte*¹⁵ y *Artes de México*.

El cuarto número de *Anales...* apareció en 1939; también llevaba una lámina a color en las primeras páginas y en él estaban consolidados los logros que se habían anunciado en el número anterior. Es especialmente notable el perfeccionamiento de la sección a cargo de Justino Fernández donde se hacía una crónica de las exposiciones de arte realizadas durante el año. Ésta llegaría a ser una de las partes más valiosas de *Anales...* y, muchos años después, una de las más añoradas por los lectores de la revista. También es notable la inclusión, en este número, de un importante colaborador externo que presentó un trabajo sobre Juan Ruiz de Alarcón y sólo volvería a publicar hasta 1962 en torno a una polémica sobre la ampliación de las calles de Tacuba: Antonio Castro Leal. Aunque menor seis años que Toussaint, por afinidades y trabajos realizados en for-

¹² Se trata de una publicación muy a tono con la época, contagiada del "sarampión marxista", dispuesta a reflejar sus compromisos políticos. Fue fundada en 1936, tenía una periodicidad mensual y llevaba como subtítulo *Órgano Central de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios*. El "responsable general" fue, primero, Fernando Gamboa (hasta el número 7) y después Raymundo Mancisidor (del número 8 en adelante).

¹³ Una revista mensual aparecida en 1942 y dirigida por Agustín Velásquez Chávez, que tenía como secretario de redacción al poeta exiliado español Juan Rejano.

¹⁴ El subtítulo de esta publicación es *Gaceta literaria y artística*. Fue fundada en 1937 y editada por Octavio G. Barreda. Fue dirigida en distintos momentos por Rafael Solana, Bernardo Ortiz de Montellano, José Luis Martínez, Alí Chumacero y Ermilo Abreu Gómez.

¹⁵ La revista apareció hasta 1948 y fue mensual durante su primer año; después se hizo trimestral. Fue dirigida por Rafael Solana (del número 1-4) y más tarde por Jaime García Torres (del número 5 en adelante).

ma colectiva, pertenece a la misma generación intermedia entre los miembros del Ateneo y los "Contemporáneos". Es extraño que haya colaborado tan exiguamente en *Anales...* puesto que él y el carismático Erasmo Castellanos Quinto ingresaron formalmente como investigadores en el área de literatura del Instituto de Investigaciones Estéticas en 1953.¹⁶

Así como pueden seguirse en el directorio de *Anales...* los ingresos de los investigadores que con su obra han dado el vigor académico que caracteriza a la comunidad del Instituto, también se pueden seguir los decesos y otros hechos importantes. En el quinto número de 1940 se aprecia la incorporación de investigadores honorarios como Edmundo O'Gorman y Manuel Romero de Terreros. En 1942 apareció entre los investigadores el nombre de Francisco de la Maza quien ya había participado en los dos números anteriores. Clementina Díaz y de Ovando ingresó en 1943, Elisa Vargas-Lugo, en 1953, después llegarían Pedro Rojas, Luis Reyes de la Maza, Ida Rodríguez Prampolini,¹⁷ Manuel González Galván, Beatriz de la Fuente, Jorge Alberto Manrique y así sucesivamente. De igual modo se ven otros eventos importantes, como la salida de Rafael García Granados para fundar el Instituto de Historia (hoy Instituto de Investigaciones Históricas) en 1945 o las colaboracio-

¹⁶ Además de los muchos cargos administrativo-académicos que ocupó en la UNAM y de los puestos públicos que desempeñó en el Gobierno Federal, Castro Leal se dedicó a varias empresas editoriales fundamentales para la cultura mexicana como la Colección de Escritores Mexicanos en Porrúa. Quizás, en el rubro de las revistas, la más importante sea la *Revista de Literatura Mexicana*. Era una publicación trimestral. Sólo aparecieron dos números, correspondientes a los seis últimos meses de 1940. Fue una revista, más de investigación que de divulgación y marcó un hito en el género que no ha podido ser superado hasta la fecha. Entre los colaboradores del Instituto figuran Gómez de Orozco, Rojas Garcidueñas y Manuel Toussaint. En el segundo número de esta revista se encuentra, por cierto, el polémico artículo de Toussaint sobre fray Manuel Martínez de Navarrete que cambió radicalmente la imagen del fraile zamorano que había labrado Francisco Monterde.

¹⁷ Ida Rodríguez comenzó a participar en *Anales...* desde el número 17, publicado en 1949.

nes de Gonzalo Obregón y George Kubler que denotan la variedad de las relaciones académicas del Instituto tanto en México como en el extranjero. En lo que respecta al contenido, se pueden observar no sólo los temas y los descubrimientos en la historia del arte mexicano, sino las distintas maneras de abordarlos, las metodologías y los autores de moda. En los siguientes años se mantendría el curso que había adquirido la revista a partir de su tercer número publicado en 1939. Conservaría esta misma imagen y este impulso durante más de 30 años que abarcaron las direcciones de Manuel Toussaint (hasta 1956), Justino Fernández (hasta 1968)¹⁸ y casi todo el periodo de Clementina Díaz y de Ovando.

En 1972 ocurrió un cambio realmente importante en *Anales...*, aun cuando no se haya manifestado de manera ostensible. Con la muerte de Justino Fernández se hizo visible la figura del editor, lo cual implicaba la posibilidad de independizar a la revista de la dirección del instituto. Hasta ese momento y después de 35 años, *Anales...* sólo había tenido tres “editores” que fueron los directores del Instituto: Rafael López, Manuel Toussaint y Justino Fernández. El primer editor —no tan ajeno a la dirección— fue Xavier Moysén¹⁹ quien se hizo cargo de esta tarea desde el número 41 hasta el 60. En realidad llevaba cerca de diez años ayudando al doctor Fernández en las labores editoriales de la revista. Su nombre se consignó con un crédito que parecía muy tímido o, por lo menos, muy provisional: “editor de este número”. Esta leyenda cambió doce años después, en 1984, cuando el nombre de Xavier Moysén apareció en el número 54 con un crédito menos preciso (“editor”), pero más firme en el nombramiento. Ya no era el “editor del número”, sino el editor de *Anales...*

Pese a las tradicionales demoras del proceso editorial y a las dificultades que enfrentó la imprenta universitaria por

¹⁸ Aunque, debido al reconocimiento de su figura académica, siguió fungiendo como “consejero” de la Dirección y dirigiendo los *Anales...* hasta el día de su muerte.

¹⁹ Moysén ingresó al Instituto en 1959.

el desmesurado crecimiento de la UNAM, en esta época la revista alcanzó su mayor auge en lo que respecta a continuidad y tamaño. Los anuarios tenían un promedio de doce artículos por número. El 50 —formado de manera especial en 1980, únicamente con las colaboraciones de los investigadores del Instituto—²⁰ se tuvo que publicar en dos volúmenes. En el último número que trabajó Moysén se le dio el título de “coordinador” sin que ello implicara ningún cambio en las actividades que había desempeñado durante cerca de 28 años que estuvo ligado a la revista.

El rezago en la producción editorial y los enormes problemas de distribución que enfrentaba la UNAM hacia principios de la década de los ochenta, obligaron a las reformas del rector Jorge Carpizo en 1985. La producción y distribución fueron descentralizadas con la condición de que en cada dependencia (escuelas, facultades e institutos) se formaran comités editoriales y se formularan reglamentos internos de publicaciones. Luego de formar el Comité Editorial, en 1988 se aprobó el Reglamento de Publicaciones del Instituto donde se fijaron las primeras normas para quienes desearan publicar artículos en la revista *Anales...* La única novedad consistió en reglamentar las prácticas que se habían seguido desde siempre. Sin embargo, sentadas las bases jurídicas para controlar la calidad de los trabajos que se presentaban, resultó muy sencilla la modernización de la estructura de la revista tres años después. A partir del número 63 (correspondiente a 1992) se formó un consejo editorial (elegido por votación entre los investigadores del instituto) y un consejo de asesores (propuesto por el Colegio de Investigadores) para sistematizar la dictaminación y atender los problemas relacionados con la revista. Otra

²⁰ Éste era el segundo número que se propuso llevar sólo trabajos de los investigadores que estaban adscritos al Instituto. Se decidió en una reunión del Colegio de Investigadores para el número 45 —aparecido en 1976— con la finalidad de celebrar el XLV aniversario de la dependencia. Aunque también se decidió que fuera monográfico (sobre la dicotomía entre el arte culto y el arte popular o sobre el estado de las investigaciones en la historia del arte mexicano) los artículos fueron más bien misceláneos.

vez, no se hizo más que legislar sobre una práctica muy antigua en el Instituto: tanto Xavier Moyssén como Alberto Dallal —coordinador de *Anales...* desde el número 61 y hasta el 64, esto es, de 1990-1993—, solían apoyarse siempre en un grupo de colegas para decidir a los dictaminadores idóneos de cada trabajo presentado y para analizar la conformación de los números de la revista. Sin embargo, la instauración del reglamento volvía obligatorias una serie de medidas que habitualmente habían quedado al criterio del editor.

Los números 65-72 (entre 1994-1999) se formaron bajo la tutela de una coordinación colectiva. Los investigadores Clara Bargellini, Pablo Escalante y Renato González se hicieron cargo de aplicar el reglamento y consolidarlo. Durante el tiempo que dirigieron la revista se llevó a cabo una selección muy estricta y cuidadosa de los artículos. Cuidando la forma tradicional, se mejoró muchísimo la presentación de la revista (mediante un concurso abierto de diseño editorial que incluía la incorporación de ilustraciones a color). Se promovió su distribución en todos los ámbitos académicos relacionados con la historia del arte, fundamentalmente en el sur de Estados Unidos, España y América Latina. Se llevaron a cabo los primeros pasos para digitalizar la revista y ponerla a disposición de los usuarios en internet. También se aumentó su periodicidad: dejó de ser un anuario para convertirse en una publicación semestral. De esta medida se desprendieron dos consecuencias inmediatas: la considerable reducción del tamaño de *Anales...* y el descenso en la participación de los investigadores que por momentos se redujo al mínimo. Estos dos factores se juntaron para originar el consabido atraso en la periodicidad. Esta angustiosa situación se ahondó aún más con la prolongada huelga universitaria de 1999-2000 y terminó por profundizar la crisis de la revista hasta el grado de vislumbrar su desaparición.

En la actualidad se ha cuestionado duramente la existencia de la revista, tanto por parte del Colegio de Investigadores como por parte de la dirección, para llegar a un acuerdo sobre las obligaciones que tiene cada una de las

partes en el proyecto académico colectivo que constituye *Anales...* Se han revisado los artículos que conforman el reglamento de publicaciones y se han hecho los cambios necesarios para impedir que los procesos de dictaminación se alarguen demasiado. La directora del Instituto, Teresa Uriarte, ha promovido la restructuración y se ha comprometido a buscar los recursos materiales necesarios para revitalizar la publicación. Por su parte, los investigadores del Instituto han hecho el compromiso de cumplir con una antigua regla interna que obliga a entregar anualmente por lo menos un artículo para su publicación en la revista. La suerte está echada de nuevo; los cuatro números que se encuentran en proceso editorial tienen un volumen mucho mayor, el quinto se está formando con la renovada colaboración de los investigadores y se espera que para la primavera de 2001 se haya abatido el atraso. Se han comenzado los planes para la digitalización de la revista y se están haciendo los trámites para su incorporación en los índices internacionales de publicaciones periódicas. De continuar así las cosas, esperamos conseguir el impulso necesario para que *Anales...* haga un largo y desahogado recorrido por el siglo que comienza, que vaya lleno de aportaciones y siga prestando los beneficios que han nutrido a varias generaciones de estudiosos.

